

dumbre principal también (1) mucho antes de que entrara en España. Doy la mayor importancia, escribía á Luis Quijada, mantenido por él al lado del príncipe, á que se le enseñe todo lo que debe saber un príncipe de su calidad, cuya educación se ha descuidado tanto (2).

Don Juan que, poco más ó ménos, tenía la edad del príncipe Don Carlos, se distinguía por sus buenas prendas y vino á estar de moda entre los cortesanos. «Era muy hermoso y gentil de su persona, noble en todas sus acciones, y cortés, afable, de buena gracia, de grande ingenio, y sobre todo muy bravo y valiente y dócil al consejo (3).» Los extranjeros admiraban el gran contraste entre el hijo de Felipe y este príncipe, apuesto y seductor, de cabellos rubios y anillados, de poblado bigote, que no tenía rival en ninguna clase de ejercicios varoniles (4). Todos le buscaban, se arrimaban á su fortuna y lo trataban como legitimado con alusión á las palabras del testamento del emperador (5): se le preparaba, y en cierto modo se le predestinaba al papel de héroe.

Con sus buenas cualidades, su ambición y confianza en sí mismo, tenía Don Juan el mérito de dejarse llevar de la cólera y el mérito de oír los buenos consejos, pero «en esto no trato de materia amorosa, que ésta en aquella edad saca de sus quicios á los más cuerdos» (6). Ha de reconocérsele, en fin, un sentimiento, que no deja de tener valía en un hombre adulado como él, levantado de repente sobre todas las cabezas y unido por un lazo misterioso al ínclito emperador: se ocupó de su madre á quien no conocía siquiera y recomendó su bienestar á Felipe II (7).

Esta mujer, de quien al parecer se avergon-

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 3151, fol. 6, Antonio de Borbon á Enrique II, el 24 de nov. 1558. «El emperador declaró y reconoció por hijo á un niño, el cual tiene su gran servidumbre.» Esta carta destruye la novela imaginada por Strada que anticipó el reconocimiento de don Juan á la entrada de Felipe en España colocándolo en un bosque con estas palabras: «Macte animo, generose puer, prænobilis viri filius es tu. Carolus Quintus imperator qui coelo degit, utriusque nostrum pater est»

(2) Carta citada por Gachard, Retiro y muerte de Carlos V, t. I, pág. 450. «Segun la estrechez en que se crió y ha estado hasta que vino á mi poder.»

(3) Brantome, pág. 128.

(4) Lippomano, Relaz. di Napoli. «Ha poca barba et mustachi grandi; è di pel biondo et porta lunghi i capelli et volti in su.»

(5) «Mujer soltera.» El embajador inglés las parafrasea con la traducción *solutus cum soluta* y añade: «You know how the Spaniards esteem their bastards. the favour of all sorts of men here do much to propend him» Ms. Rec. of. n.º 959, Challoner to Mason, 26 marzo de 1562.

(6) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 267. Escovedo al rey, 30 de nov. 1575.

(7) *Ibid.* tom. XXVIII, pág. 109. Don Juan al rey, 15 jun. 1570. «Cerca de lo que toca á la comodidad y manera de vida de mi madre.»

zaba un poco Carlos V, y que más de una vez fué un embarazo para su hijo, se llamaba Bárbara Blomberg: háse dicho que era una criada alemana; ello es cierto que era una mujer vulgar. Se casó, despues del nacimiento de don Juan, con un tal Píramo Quegel (8), á quien el gobierno español ocupaba en los Países Bajos, y de quien tuvo otros dos hijos. «Habrá quince dias, dice el duque de Alba, que murió aquí Hierónimo Píramo Quegel, que servia el oficio de comisario ordinario en estos Estados y estaba casado con su madre del Sr. D. Juan de Austria, y desde ha ocho dias se le ahogó uno de dos hijos que tenía, el menor, en una fuente de su casa; queda muy pobre con muchas deudas» (9). Cuando Quegel murió, pidió Bárbara ayuda al duque de Alba, y despues de seis meses de viudez quiso casarse de nuevo. Felipe II hubiera querido que se retirara á un convento, pero no cesó de recomendar paciencia y miramientos para con esta mujer, con ser tan exigente de suyo (10). Mandó que la llamaran *Madama*, como á la princesa Margarita, y aumentó sus rentas hasta el punto de permitirle que tuviera una dueña, seis doncellas, un capellan y seis criados. Cuando la antigua criada se vió con tanta gente á su servicio, exigió una carroza, y luégo la educación de su hijo Conrado á costa del rey (11), y luégo un nuevo marido, si no lo tomaba ya sin permiso, como quiera que trataba muy familiarmente á un inglés que se suponía ser su marido (12). Así que los secretarios del gobierno decían al transmitir sus cuentas de gastos: Madama es la persona más obstinada que se haya visto nunca: nos lleva á mal traer (13). Y el duque de Alba que había colocado á su servicio á Mlle. Merwe (14) para contenerla, solicitaba que se le autorizara para encerrarla en un monasterio. Bien deseaba Felipe esta solución; pero sin autorizar abiertamente la violencia (15), hacia que contestara al duque de Alba el secretario de Estado Zayas: «¡Cuán

(8) Este hecho era conocido de Brantome, que llama á este marido «Reguel, caballero del país de Namur ó Luxemburgo.» Quegel es la ortografía admitida en los *Doc. inéd.* Gachard escribe Kegel. (*Correspondencia de Felipe II*, tom. IV, pág. 170.) La misma incertidumbre hay respecto de los nombres Plomberg, Blomberg, Plomberghe.

(9) *Doc. inéd.* tom. XXXVIII, pág. 146, el duque de Alba al rey, del 29 de junio de 1569.

(10) *Doc. inéd.* tom. XXXVIII, pág. 286.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 203, Albornoz á Zayas, 24 set. 1571.

(12) Morillon, *Cartas diversas*, tom. II, pág. 189.

(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 203.

(14) *Ibid.* Carta del 21 enero 1572.

(15) «Por persuasión ó de otro modo.» Carta del 14 nov. 1571. *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág. 211.

terrible animal es una mujer desenfrenada! (1)» La conducta de Madama acabó por ser tan escandalosa que obligó á Don Juan á suplicar al rey que la encerrara en un convento «para que ella viviese descansada y yo sin cuidado de verla entre aquellas costumbres y gente que agora está. Sin pompa y sin dar á entender quién era la truxese por Alemaña á Italia» (2).

IV.—Campana de Don Juan de Austria

Felipe II no quería entregar la persona de su hermano á los azares de una guerra de partidarios en la montaña. «No os enviaba á la guerra, le escribe (3), sino á esa ciudad, á dar desde ella la orden en todo lo que conviniese.» El marqués de los Velez es el único encargado de las operaciones militares: el príncipe tiene poderes ilimitados, «pero su libertad tan atada que de cosa grande ni pequeña podía disponer sin comunicacion y parecer de los consejeros y mandado del rey» (4).

La ejecución de los rehenes acababa de arrebatar, en el momento de su llegada, las últimas ilusiones de los moriscos sobre la real clemencia. No hay esperanza sino en una guerra de exterminio: los más pacíficos son empujados á la rebelion y todos se disputan las armas enviadas por los argelinos. La situación vuelve á ser tan amenazadora que, advertido Don Juan de la incapacidad del marqués de los Velez (5), insiste en que se le autorice para dirigir el ejército. «Quanto á lo que me decís de vuestra salida de ahí, le repite su hermano (6), bien se os recordará que siempre os dije y se trató que no os enviaba sino para estar á asegurar dicha ciudad; y así no conviene á mi servicio ni autoridad ni á la vuestra que salgais de ahí.» Felipe, sin embargo, comprendía tan bien el peligro de la partida empeñada de nuevo, que se procuró para jugarla las viejas cartas de Don García de Toledo, ó sea el famoso tercio de Nápoles que tan prontamente había expulsado de la isla de Malta á los turcos; y hasta la llegada de este precioso refuerzo estuvo atormentado por la inquietud de ver caer de repente Granada en manos de los rebeldes; inquietud que fué hábilmente sostenida por Deza, el cual solicitó con insistencia y acabó por obtener

la orden de expulsar á todos los habitantes de Granada pertenecientes á la raza proscrita, repartiéndolos por las ciudades de Castilla (7).

Encerrado en un gabinete de trabajo, confundido en sus reflexiones de prudencia política, Felipe II no sintió, al firmar esta orden, la emoción que nosotros sentimos al leerla. Nadie se atrevería á condenar á la inocente población de una ciudad entera, si hubiera de tener á la vista el espectáculo de la miseria, de los sufrimientos, de la muerte. Pero todo viene á ser lícito para el que se reduce á sus abstractos raciocinios y se dispensa de ser testigo de sus lamentables resultados. Por la orden enviada de Madrid los moriscos de Granada debieron abandonar sin dilación sus casas y presentarse en sus parroquias. Era la mañana de San Juan. Apenas hubieron llegado fueron empujados á las iglesias y encerrados bajo llave. Las mujeres obtienen por favor dos dias de plazo para vender todo lo que poseen y procurarse dinero para seguir á sus hombres y alimentarlos: el dia siguiente, despues de veinticuatro horas de encierro y de ayuno, son atados los hombres á una larga cadena y arrastrados fuera de la ciudad. ¡Los llevan al matadero! exclaman las mujeres. Don Juan de Austria se presenta. No se os hará ningun daño, dice á los presos: estais bajo la custodia del rey, bajo su protección. Sólo sereis apartados de Granada para que esteis á recaudo de los riesgos de la guerra.—Desolador espectáculo! añade el testigo que cita estas engañosas promesas (8): ver tantos hombres de todas edades, con la cabeza baja, despojados de sus bienes, de sus casas, de sus familias, empujados como un rebaño léjos de su país!—Luégo se reparten en grupos y se confían á la gente encargada de conducirlos á varios lugares lejanos y de impedir que los maltraten. Era una lástima verlos marchar, exclama uno de los jefes españoles (9), para quien los había visto ricos y prósperos en sus casas: muchos de ellos murieron en el camino, de fatiga, de desesperación, de hambre, á golpes de las mismas manos que debían protegerlos, robados, vendidos como esclavos: unos tres mil quinientos hombres sucumbieron y mayor número de mujeres.—Otros dos mil fueron destinados al remo; ahorcados fueron algunos; no pocos sirvieron en los trabajos públicos, y los demás puestos en venta

(1) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 390, carta del 19 julio 1573.

(2) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 215, Don Juan al rey, del 6 set. 1575.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 8, carta del 10 mayo 1569.

(4) Mendoza.

(5) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 22.

(6) *Ibid.* Carta del 20 de mayo de 1569.

(7) Mendoza.

(8) Marmol, pág. 278.

(9) Mendoza.

en los mercados (1): «es un medio para salir de sospecha en la dicha ciudad» (2).

Desde aquel día quedó la ciudad vacía y triste. «Si hubierais visto el esplendor, la limpieza, el lujo de las casas, cármenes y jardines en que los moriscos pasaban el tiempo en la alegría y la zambra, os hubierais apenado de ver en tan poco tiempo la ruina y la soledad» (3). Las objeciones importunas del marqués de Mondejar obligaron á quitarle el mando y á apartarlo del país.

El rey Aben-Humeya bloqueaba durante estas primeras semanas del estío una guarnición española en la villa de Seron: los sitiados carecían de víveres y hasta de agua, y habían hecho saber su apuro al marqués de los Velez; pero no viendo llegar el socorro, querían entregarse. El capitán Don Diego de Mirones les hizo prometer que se mantendrían aún algunas horas y salió por la noche con treinta arcabuceros para acelerar el socorro. Rompió la línea enemiga sin perder un hombre, al galope y con las mechas encendidas. Pero al acercarse al río, los soldados y caballos sintieron renacer las torturas de la sed y se precipitaron todos juntos á la corriente sin poderse arrancar de allí. Entre tanto, los jinetes moriscos que los seguían al resplandor de sus mechas de arcabuz, cayeron sobre ellos, mataron catorce y dispersaron á los demás.

Diego de Mirones galopó toda la noche al través de los barrancos y extraviado se entregó al instinto del caballo para dar con el camino; pero el animal, que se había criado en los pastos de Seron, allá condujo fielmente á su amo, que se creyó hechizado, cuando al romper el día vió el campamento morisco, las murallas que había dejado atrás la víspera, la villa de la sed. El capitán perdió entonces toda su energía, se dejó prender y firmó la capitulación de una plaza que no mandaba ya. Los moriscos pudieron tener así en su poder soldados españoles, soldados aguerridos, con sus armas y sus mujeres; y en su alegría de haberlos adquirido en buena guerra se exaltaron de tal modo, que mataron á todos los hombres, enviaron las mujeres á los mercados de Africa y se decidieron á un ataque á viva fuerza contra el ejército es-

(1) Ms. Rec. of. n.º 341, Robert Huggins to Norris, 22 jul. 1569. «On midsummer day Don Juan gathered together 13.000 moriscos of Granada, and took 2000 for the king's galleys and hanged some; at great number were sent to labour in the king's works and fortifications and the rest with their wives and children kept as slaves.»

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10752, fol. 185, Fourquevaux al rey.

(3) Marmol.

pañol, que no había sido capaz de poner obstáculo á semejante hazaña (4).

Pusieron su confianza en un ardid bastante raro. Habíanse concertado con los esclavos que los cristianos arrastraban para cuidar sus caballos, en cuya virtud debían aquellos esconder los frenos la noche señalada para sorprender al marqués de los Velez en el pueblo de Berja. Semejante concierto no podía guardarse fácilmente, y los esclavos delataron á sus correligionarios. Con este aviso hizo el marqués retirar los centinelas y dejó á los moriscos entrar en la población como si el ardid se mantuviera oculto; pero muy luégo comenzaron á tronar los arcabuces por todas las ventanas, cargó la caballería y quedaron fuera de combate seiscientos moriscos (5).

La aguerrida infantería de Nápoles se incorporó entonces á las fuerzas del marqués (6). Aquellos valientes habían sido muy maltratados por las tempestades, que hubieron de tragarse muchos navíos cargados de soldados, y desde su desembarco bastante fatigados en su marcha entre aspérrimas montañas por las cuadrillas moriscas. Pero sus mayores sufrimientos comenzaron cuando estuvieron á las órdenes del marqués de los Velez. Este protegido de Deza no quiso imitar á Mondejar que había tenido por principio ocupar el país con puestos diseminados y columnas volantes, sino que se empeñó en tener reunido todo su ejército, y fué á acampar á Adra, en medio del país insurrecto, con unos doce mil hombres. Si la bonanza permitía á las galeras cargar víveres en Málaga y descargarlas en Adra; si los proveedores cumplían sus compromisos; si los soldados no se desmoralizaban en la inacción, podía esperar que no se destruyera su ejército. Pero el mal tiempo impidió el abastecimiento y el hambre apareció desde la primera semana. «Cada hombre tenía una libra de pan al día y el que se procuraba además una cebolla se daba por regalado» (7). Los días en que la pesca era posible, se suprimía la distribución del pan para dar sólo pescado. Con esto, se derramaban los soldados por las cercanías para hurtar víveres, y fueron con frecuencia sorprendidos por los moriscos y desertaron poco á poco. Organizáronse por sí mismos en columnas bastante fuertes para resistir el ataque y abandonaron el campo casi

(4) El 11 de julio de 1569, Marmol, pág. 279.

(5) Mendoza.

(6) Herrera, tom. I, pág. 359.

(7) Herrera, tom. I, pág. 366.

todos. El hijo del marqués quiso atajar un día la partida de cuatrocientos arcabuceros y salió con un brazo roto de dos arcabuzazos. Muy luégo quedó sólo el tercio de Nápoles con los caballeros voluntarios.—No hay animal más delicado que un campamento, aún cuando los hombres que lo componen sean robustos y aguerridos, dice uno de los jefes españoles; este animal se debilita, se deshace al menor cambio en el aire, en el agua, en el vino, por el frío, por la lluvia, por la falta de aseo, de sueño, de cama; á la menor causa, toda enfermedad se torna contagiosa.

La capacidad del marqués de los Velez fué juzgada por este desastre; el rey encomendó por fin á D. Juan de Austria (1) el mando de las tropas, y juzgando la situación bastante comprometida fué á instalarse á Córdoba, como se había instalado en Cambray durante la batalla de San Quintín. Desde allí recomendó á su hermano que no permitiera en el nuevo ejército que se profirieran blasfemias ni otras malas palabras contra Dios (2).

Don Juan no tenía medios para mostrarse tan severo con los hombres que reclutaba: esta guerra había costado ya tanta gente en menos de un año, que el ejército de Granada hubo de componerse principalmente de desertores del campamento de Adra. Por fortuna persistían los turcos en absorber todas sus fuerzas en la conquista de Chipre, emprendida en aquella misma época. Además, los moriscos se debilitaron en una revolución de palacio, digámoslo así, y no pudieron aprovechar por tanto la estación de invierno, durante la cual estuvo España casi desarmada.

El rey Aben-Humeya que había reconquistado la montaña y el llano, alcanza y derrota muchas cuadrillas de desertores del campamento de Adra y reúne á sus órdenes un ejército de ocho mil hombres; pero se había creado muchos enemigos en su empeño de restablecer la disciplina, habiendo hecho morir en varios suplicios á trescientos cincuenta de los suyos, ó á lo menos se hacía creer así (3): estaba también desvanecido por la demencia del poder absoluto. Uno de sus caudillos, Diego Ben Alguacil, hubo de dejarle ver á su prima Zahara, jóven viuda con quien había de casarse y que era muy buena cantora y maravillosa bailarina (4): el rey se

(1) Doc. inéd. tom. XXVIII, pág. 33.

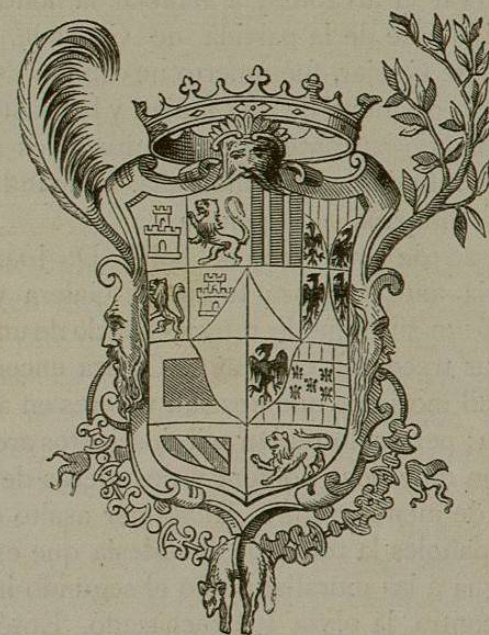
(2) *Ibid.* pág. 47, del 6 febr. 1570.

(3) Hita. «Segun yo he sido informado de varios moriscos que seguían sus banderas.»

(4) *Ibid.*, pág. 647.

apoderó luégo al punto de la bella Zahara, pero sin darle sobre las otras mujeres la autoridad que ella creía debida á su mérito. Con este resentimiento, ella avisó á Ben Alguacil al cabo de algunos días para que fuera á robarla.

Así provocado, se concerta el Ben Alguacil con Ben Abó primo del rey, gana á los turcos auxiliares haciéndoles creer que el rey quería matarlos, entra con ellos en el pueblo de Andarax y llega hasta el aposento en que duerme Ben-Humeya. Estaba el príncipe acostado entre Zahara y otra de sus mujeres á la luz de



Escudo de armas de Don Juan de Austria

una antorcha de cera; ve entrar á su enemigo Ben Alguacil y á su primo Ben Abó con los turcos, y ve también que Zahara se quita el velo de seda que á modo de turbante llevaba rodeado á la cabeza y se lo entrega á Ben Alguacil; deja que le aten los brazos con este perfumado lazo y ofrece el cuello á sus enemigos, que lo estrangulan en el acto. Aclaman por rey á Ben Abó, saquean la casa de Humeya y se reparten sus mujeres y sus ricos vestidos. El jefe de los turcos echa mano á la presa más preciosa: de las dos mujeres que se hallaban con el rey, prefiere á Zahara y se apodera de ella: quiere disputársela Alguacil y es degollado por el turco (5).

Los capitanes turcos ó argelinos que habían asegurado el éxito del complot fueron los únicos que de él se aprovecharon: el nuevo rey de Granada, Abdalá Aben Abó, tuvo que enviar

(5) Es la version de Hita; Marmol, al contrario, dice (p. 292) que Ben Alguacil se retiró á Tetuan, donde se casó con Zahara.